

## UNO



Me había perdido y ya estaba anocheciendo; llevaba horas conduciendo y apenas me quedaba gasolina. Me horrorizaba la idea de quedarme tirado en aquellas colinas solitarias, en la oscuridad, así que me alegró ver una señal que me condujo hasta un taller. Cuando bajé la ventanilla para hablar con el encargado, hacía tanto frío fuera que me subí el cuello de la chaqueta. Empezó a hablar del tiempo mientras me llenaba el depósito. «Nunca ha hecho tanto frío en este mes. Según las predicciones, habrá una helada tremenda». Me he pasado la mayor parte de mi vida en el extranjero, como soldado o explorando zonas remotas. Pero, aunque acababa de llegar de los trópicos y las heladas apenas significaban algo para mí, me sorprendió el tono amenazante de sus palabras. Ansioso por continuar mi viaje, le pregunté cómo llegar al pueblo al que me dirigía. «Nunca lo encontrarás con esta oscuridad; está apartado del camino. Cuando están heladas, estas colinas son peligrosas». Parecía insinuar que solo un tonto continuaría conduciendo en tales condiciones, cosa que me molestó bastante. Así pues, interrumpí sus confusas explicaciones, le pagué y me marché, ignorando su última advertencia: «¡Ten cuidado con el hielo!».

Había oscurecido bastante y al rato estaba más irremediablemente perdido que nunca. Sabía que tendría que haberle hecho caso a ese tipo, pero al mismo tiempo deseaba no haber hablado con él. Por alguna razón que ignoraba, sus palabras me habían intranquilizado; parecían un mal presagio para la expedición y empecé a arrepentirme de haberla emprendido.

Nunca estuve convencido respecto al viaje. Había llegado el día anterior y sentía que, en vez ir a visitar a unos amigos en el campo, tendría que estar haciendo gestiones en la ciudad. Ni siquiera yo entendía esa compulsión por ver a esa chica que había ocupado mis pensamientos el tiempo que había pasado fuera. Aunque no había vuelto por ella: había vuelto para comprobar qué había de cierto en los rumores que aseguraban que aquella parte del mundo estaba amenazada por una catástrofe inminente. Sin embargo, en cuanto llegué, la chica se convirtió en una obsesión; no podía dejar de pensar en ella, debía verla de inmediato, no importaba nada más. Por supuesto, me daba cuenta de que mi comportamiento era completamente irracional. También lo era aquel desasosiego que me poseía: no podía pasarme nada malo en mi propio país, pero cuanto más conducía, más ansioso me sentía.

La realidad siempre me ha resultado un tanto desconocida. Y había momentos en los que esto me resultaba inquietante. Ya había visitado antes a la chica y a su marido, y guardaba un recuerdo vívido de la campiña tranquila y próspera que rodeaba su casa. Pero ese recuerdo, a medida que avanzaba por la carretera sin cruzarme con nadie, sin dar con un pueblo, sin ver luces por ninguna parte, había comenzado a desvanecerse rápidamente, perdiendo veracidad, volviéndose cada vez más irreal y confuso. El cielo estaba más y más negro por culpa de los setos desatendidos que sobresalían y destacaban frente a

él; cuando de vez en cuando los faros delanteros dejaban entrever edificios a los lados de la carretera, también eran negros, parecían deshabitados y estaban en un estado semirruinoso. Era como si durante mi ausencia todo el distrito hubiese quedado arrasado.

Me pregunté si la encontraría en medio de aquel caos. No parecía que desde que el desastre, fuera el que fuera, había destruido los pueblos y las granjas, pudiese existir vida civilizada alguna. Hasta donde podía ver, no se había hecho ningún esfuerzo por restaurar la normalidad. Ninguna reconstrucción o trabajo en la tierra; en los campos no había animal alguno. La carretera necesitaba arreglos urgentemente: las cunetas, bajo los descuidados setos, estaban obstruidas con maleza y parecía que toda la región había sido abandonada.

Sobre el parabrisas cayeron un puñado de piedritas blancas, lo que me hizo dar un salto. Me costó reconocer el fenómeno porque hacía mucho tiempo que no pasaba el invierno en el norte. El granizo se convirtió rápidamente en nieve, lo que disminuyó la visibilidad e hizo que conducir fuese más difícil. Hacía un frío de mil demonios, y eso aumentaba mi desasosiego. El hombre del taller había dicho que aquel frío era impropio de la época, y yo mismo pensaba que era demasiado pronto para el hielo y la nieve. Mi ansiedad se intensificó tanto que quise dar la vuelta y regresar al pueblo, pero la carretera era demasiado estrecha, por lo que me vi abocado a seguir las interminables y serpenteantes subidas y bajadas por la inerte oscuridad de la colina. El terreno empeoró y se volvió más empinado y resbaladizo. Aquel frío, al que no estaba acostumbrado, hacía que tuviera que mirar fijamente el exterior y forzar la vista para evitar las zonas heladas en las que el coche derrapaba sin control, lo que hizo que me empezara a doler la cabeza.

Cuando, de tanto en tanto, los faros sobrevolaban las ruinas que había a los lados de la carretera, la visión, por breve que fuera, no dejaba de sorprenderme, aunque desapareciese antes de poder estar seguro de lo que había visto.

Una blancura fantasmal comenzó a florecer entre los setos. Pasé por un desfiladero y miré a través. Por un instante, las luces delanteras reflejaron como un faro el cuerpo desnudo de la chica; un cuerpo liviano, como el de una niña, un blanco marfil contra el blanco muerto de la nieve. Su pelo era brillante, como fibras de vidrio. No estaba mirando en mi dirección. Quieta, mantenía los ojos fijos en las paredes que se movían lentamente hacia ella, un círculo de hielo sólido cristalino y brillante en el que ella era el centro. De los lejanos acantilados de hielo que había por encima de su cabeza, llegaron destellos cegadores; por abajo, los flecos más remotos de hielo ya la habían alcanzado, la habían inmovilizado y se habían endurecido sobre sus pies y tobillos como cemento. Vi que el hielo trepaba más y más, cubriendo sus rodillas y muslos; vi su boca abierta, un agujero negro en un rostro blanco, y escuché su grito, suave y agónico. No me dio ninguna pena. Más bien al contrario, sentí un placer indescriptible al verla sufrir. Rechacé mi propia brutalidad, pero ahí estaba. Tenía mis razones, aunque no eran atenuantes.

Hubo un tiempo en el que me había enamorado completamente y había querido casarme con ella. Irónicamente, mi objetivo era protegerla de la brutalidad del mundo, que parecía ser un imán para su timidez y su fragilidad. Era extremadamente sensible, estaba más que condicionada, le asustaba la gente y la vida; su madre, una sádica, la había traumatizado; la había sometido terriblemente. Lo primero que tuve que hacer fue ganarme su confianza. Así pues, fui amable con ella y procuré contener mis sentimientos. Estaba tan delgada que,

cuando bailábamos, temía hacerle daño si la agarraba fuerte. Sus huesos, que sobresalían y parecían quebradizos como los miembros de una muñeca, me fascinaban. Su pelo era de un increíble blanco plateado, albino, que resplandecía como la luz de la luna, como un vaso veneciano iluminado con su luz. La trataba como si fuera de cristal; había momentos en los que apenas parecía real. Poco a poco fue perdiéndome el miedo. Mostraba un afecto infantil, pero se mantenía tímida y esquivada. Pensé que le había demostrado que podía confiar en mí y que no me importaba esperar. Parecía estar a punto de aceptarme, aunque la inmadurez hacía que fuese complicado evaluar la sinceridad de sus sentimientos. Su afecto, quizás no fuese del todo falso, pese a que de repente me había abandonado por el hombre con el que ahora estaba casada.

Todo eso era agua pasada, aunque las consecuencias de aquella traumática experiencia aún se reflejaban en el insomnio y en los dolores que padecía. Los medicamentos que me habían recetado hacían que sufriera pesadillas en las que la chica siempre aparecía como una víctima indefensa, en las que su cuerpo estaba fracturado y amoratado. Pero las pesadillas no se limitaban únicamente al sueño, y uno de los más deplorables efectos secundarios era el modo en el que acabé disfrutando de ellos.

La visibilidad había mejorado. La noche no era, ni por asomo, menos oscura, pero había dejado de nevar. Pude ver los restos de un fuerte en lo alto de una pronunciada ladera. No quedaba mucho más que la torre, que había sido destruida, y los agujeros vacíos de las ventanas eran como bocas abiertas y negras. El lugar me resultaba vagamente familiar, una distorsión de algo que no alcanzaba a recordar del todo. Creí reconocerlo, como si lo hubiera visto antes; sin embargo, como solo había

estado allí en verano, cuando todo era bastante diferente, no podía estar seguro.

En aquel momento, cuando acepté la invitación del hombre, sospeché que tenía un motivo oculto. Era pintor, no uno profesional sino un aficionado, una de esas personas que parece tener siempre mucho dinero sin dar un palo al agua. Tenía una fuente de ingresos desconocida, pero siempre sospeché que no era lo que fingía ser. Me sorprendió la calidez con la que me recibió, no podría haber sido más amable. De todas formas, me puse en guardia.

La chica apenas habló, se quedó a su lado, mirándome de soslayo con aquellos grandes ojos a través de sus largas pestañas. Su presencia me afectó mucho, aunque apenas entendía de qué modo. Me resultó difícil hablar con ellos. La casa estaba en medio de un bosque de hayas. Vivían rodeados por tantos árboles que parecía que estuviéramos en las copas, en mitad de olas de denso follaje verde que se expandían detrás de cada ventana. Recordé una casi extinta raza de grandes lémures cantarines, conocidos como los indris, que viven en los árboles de los bosques tropicales de una isla remota. El comportamiento amable y afectuoso, y las voces melodiosas de estas criaturas cuasi legendarias, me habían impresionado mucho, y empecé a hablar de ellos; aquella fascinación hizo que me olvidara de mí mismo. A él pareció interesarle lo que decía. Ella no dijo nada y nos dejó para ocuparse de la comida. En cuanto se fue, la conversación fluyó más fácilmente.

Estábamos a mediados de verano, hacía mucho calor; en el exterior, las hojas susurrantes creaban una música placentera y fresca. El hombre siguió mostrándose amable. Parecía que lo había juzgado mal y empecé a avergonzarme de mis sospechas. Me dijo que le alegraba que hubiese ido y empezó a hablar de

la chica: «Es tremendamente tímida y nerviosa, le viene bien ver a alguien del mundo exterior. Aquí está muy sola». No pude evitar preguntarme cuánto sabía él de mí, qué le había contado ella. Seguir a la defensiva parecía bastante absurdo; aun así, me mantuve reservado al hablar de ella.

Me quedé con ellos unos cuantos días. Ella se mantuvo lejos de mí. No la vi a menos que él también estuviera presente. Seguía haciendo mucho calor. La chica llevaba vestidos cortos, finos, muy simples, que dejaban sus hombros y sus brazos al aire; no llevaba calcetines y utilizaba sandalias de niña. Su pelo resplandecía al sol. Sabía que no iba a ser capaz de olvidar su imagen. Percibí un cambio notable en ella, una mayor confianza. Sonreía más a menudo; incluso en una ocasión la oí cantar en el jardín. Cuando el hombre la llamaba, ella acudía corriendo. Fue la primera vez que la vi feliz. Solo mostraba cierta reserva cuando tenía que hablar conmigo. Hacia el final de mi estancia, el hombre me preguntó si había hablado a solas con ella en algún momento. Le respondí que no. Me dijo: «Habla con ella antes de irte. Le preocupa el pasado, teme haberte hecho infeliz». Así que él lo sabía. Supuse que ella se lo habría contado todo. No había mucho que contar, desde luego. Pero no iba a hablar con ese tipo de lo que había ocurrido, por lo que fui un poco evasivo; él cambió de tema con delicadeza, aunque después lo retomó: «Me gustaría que la tranquilizaras al respecto. Voy a intentar que os quedéis a solas para que podáis hablar». No tenía ni idea de cómo iba a hacerlo, pues el siguiente sería mi último día allí. Me marchaba a última hora de la tarde.

Aquella mañana fue la más calurosa de todas las que pasé en ese lugar. En el aire se percibía la tormenta. El calor resultaba opresivo incluso a la hora del desayuno. Para mi sorpresa, propusieron salir. No podía marcharme sin haber visto uno de los

lugares más bonitos de la zona. Hablaron de una colina desde la que había unas famosas vistas; de hecho, había oído hablar de ellas. Cuando dije que me tenía que marchar pronto, me respondieron que en coche se llegaba rápido y que tendríamos tiempo de sobra para volver y para que pudiera hacer la maleta. Estaban decididos a ir, así que no puse más pegas.

Preparamos un pícnic para comer cerca de las ruinas de un antiguo fuerte construido en un periodo remoto en el que las gentes del lugar temían una invasión. La carretera se adentraba completamente en el bosque. Dejamos el coche y continuamos a pie. En el calor cada vez más abrasador, me negué a acelerar el paso y me quedé atrás. Cuando vi el final de la hilera de árboles, me senté en la sombra. Él volvió y me levantó: «¡Vamos! Ya verás: la subida merece la pena». Su entusiasmo me animó a afrontar una pronunciada y soleada cuesta hasta la cima, desde donde pude admirar las vistas. Pero él seguía insatisfecho e insistía en que debía admirarlas desde lo alto de las ruinas. Estaba raro, excitado y casi febril. Le seguí entre una polvorienta oscuridad, por unas escaleras en el muro de la torre cuya forma inmensa bloqueaba la luz del exterior; no podía ver nada y si hubiera faltado algún escalón podría haberme roto el cuello. En lo alto de la torre no había ningún parapeto. Estábamos sobre montones de escombros, no había nada entre nosotros y el vacío. El hombre agitó su brazo, señalando diversos lugares en el vasto paisaje. «Esta torre ha sido un punto de referencia durante siglos. Desde aquí puedes ver toda la cordillera. El mar está por allí. Aquel es el capitel de la catedral. La línea azul que ves más allá es el estuario».

Me interesaban los detalles más cercanos: las pilas de piedras, las bobinas de alambre, los bloques de cemento y otros materiales preparados para lidiar con la emergencia. Con la



esperanza de ver algo más que me hiciera comprender cómo era la amenaza que había previsto aquella gente, me acerqué más al borde, miré hacia abajo y contemplé la caída desprotegida que había a mis pies.

«¡Cuidado! —me advirtió él, riéndose—. Es fácil resbalarse o perder el equilibrio en esta zona. Siempre he pensado que es el lugar perfecto para un asesinato». Su risa sonó tan extraña que me giré a mirarlo. Se acercó y me dijo: «Imagínate que te empujo un poco, así...». Di un paso atrás justo a tiempo, pero perdí el equilibrio, tropecé y me tambaleé sobre un saliente derruido y precario. Se me quedó grabada su cara sonriente, tenebrosa contra el ardiente cielo. «Esa caída hubiera sido un accidente, ¿no? No hay testigos. Solo mi relato de lo ocurrido. Mira qué inestable eres. Parece que te afectan las alturas». Cuando volvimos a descender, estaba sudando y tenía la ropa cubierta de polvo.

La chica había dispuesto la comida sobre la hierba, bajo la sombra de un viejo nogal. Habló poco, como era habitual. No me dio pena marcharme; había demasiada tensión en el ambiente y tenerla tan cerca me perturbaba. No podía dejar de mirarla de soslayo mientras comíamos; su pelo resplandeciente y plateado, su pálida piel, casi transparente; los huesos de sus muñecas, prominentes y quebradizos. Su marido ya no estaba eufórico; se le notaba un tanto taciturno. Cogió un cuaderno de bocetos y se alejó de nosotros. No entendía sus cambios de humor. En la distancia, asomaron unos nubarrones; podía sentir la humedad flotando en el aire y sabía que pronto caería una tormenta. Tenía la chaqueta junto a mí, sobre la hierba; la doblé para convertirla en un cojín, la apoyé en el tronco del árbol y apoyé la cabeza en ella. La chica estaba totalmente tumbada sobre la hierba, justo delante de mí; tenía las manos sobre la

frente para proteger su cara del resplandor. Se quedó quieta, sin hablar; sus brazos, levantados, mostraron la rugosidad y la oscuridad de sus axilas depiladas en las que brillaban como escarcha pequeñas gotas de sudor. Su fino vestido dejaba entrever las ligeras curvas de su cuerpo de niña. Pude comprobar que no llevaba nada debajo.

Estaba agachada frente a mí, un poco más abajo de la pendiente: su carne era algo menos blanca que la nieve. Empezaron a cernirse por todas partes enormes acantilados de hielo. La luz era fluorescente; una luz helada, plana y sin sombra. No había sol, ni sombras, ni vida, solo un frío mortal. Estábamos en el centro del círculo de avance. Tenía que intentar salvarla. Dije: «¡Ven aquí, rápido!». Giró la cabeza, pero no se movió; bajo aquella luz plana, su pelo centelleaba como plata deslustrada. Bajé hasta donde estaba y dije: «No te asustes. Prometo que te salvaré. Hemos de llegar hasta lo alto de la torre». No parecía entenderme. Quizás no me oyera por culpa del estrepitoso rugido del hielo que se aproximaba. La agarré y la subí cuesta arriba. Fue fácil, apenas pesaba. Me detuve en el exterior de las ruinas, asiéndola con una mano; miré a nuestro alrededor y me di cuenta inmediatamente de que era inútil subir más. La torre iba a caerse; se derrumbaría y se pulverizaría en millones de toneladas de hielo. El frío me quemaba en los pulmones; el hielo estaba muy cerca. Ella temblaba violentamente y sus hombros eran ya casi hielo; la acerqué más a mí y la rodeé con fuerza con mis brazos.

Quedaba poco tiempo, pero al menos compartiríamos el mismo final. El hielo ya se había tragado el bosque, las últimas filas de árboles estaban astillándose. Su pelo plateado rozó mi boca, estaba apoyándose en mí. Después la perdí y mis manos no pudieron volver a encontrarla. El tronco de un

árbol quebrado bailaba por el cielo, a bastante altura, arrojado a varios cientos de metros por el impacto del hielo. Hubo un destello y todo tembló. Mi maleta estaba sobre la cama, a medio hacer. Las ventanas de mi habitación seguían abiertas de par en par y las cortinas flotaban por la habitación. Afuera, los árboles se mecían y el cielo había oscurecido. No vi lluvia, pero la tormenta aún vibraba y retumbaba; cuando miré al exterior, el relámpago volvió a centellear nuevamente; la temperatura había descendido varios grados desde por la mañana. Me puse la chaqueta y cerré la ventana.

Había estado recorriendo la carretera correcta después de todo. Después de atravesar los setos sin podar que quedaban por encima de mi cabeza a modo de túnel, serpenteaba por el oscuro bosque de hayas para llegar delante de la casa. No había ninguna luz a la vista. Parecía un lugar abandonado, deshabitado, igual que todo lo que había dejado atrás. Toqué el claxon varias veces y esperé. Era tarde, probablemente estarían en la cama. Tenía que verla, por eso había ido hasta allí. Al cabo de un rato, el hombre me dejó entrar. No parecía alegrarse de verme, algo lógico si lo había despertado. Llevaba puesta una bata.

En la casa no había electricidad. Él entró primero, alumbrando con una linterna. Aunque el fuego encendido en el salón daba un poco de calor, me dejé puesto el abrigo. A la luz de la linterna, me sorprendió lo mucho que había cambiado. Parecía más grande, más duro, más fuerte; su expresión afable había desaparecido. Lo que llevaba puesto no era una bata, sino el abrigo largo de algún uniforme, lo que le daba una apariencia extraña. Mis viejas sospechas se avivaron: era uno de esos tipos que estaban sacando tajada a la emergencia antes de que esta llegara. Tenía cara de pocos amigos. Me disculpé por haberme presentado tan tarde y le expliqué que me había

perdido. Le había pillado emborrachándose: en la mesa pequeña había botellas y vasos. «Bueno, brindemos por tu llegada». No había ninguna cordialidad en sus formas ni en su voz, que tenía un tono sarcástico completamente nuevo. Me sirvió un trago y se sentó; su largo abrigo le cubría las rodillas. Busqué un bolsillo abultado, una culata voluminosa, pero bajo el abrigo no veía nada del estilo. Nos quedamos allí sentados, bebiendo. Le di conversación hablándole de mis viajes, esperando a que apareciera la chica. No había ni rastro de ella; no se escuchaba ni un ruido por la casa. Él tampoco la mencionó. En su maligna mirada pude ver que se estaba conteniendo adrede. Aquella habitación, que recordaba encantadora, estaba ahora descuidada y sucia. El yeso se había desprendido del techo, había grandes grietas en las paredes tal vez por culpa de una explosión; había zonas negras por las que se había colado el agua y, con ella, la devastación del exterior. Cuando ya me fue imposible controlar mi impaciencia, le pregunté cómo estaba la chica. «Se muere». Sonrió con malicia ante mi exclamación. «Igual que todos nosotros». Para él, el humor era reírse a mi costa. Me di cuenta de que estaba evitando nuestro encuentro.

Necesitaba verla. Eso era lo más importante. Dije: «Voy a marcharme y te dejaré tranquilo. Pero ¿podrías darme antes algo de comer? No he comido nada desde el mediodía». Salió y le gritó con voz autoritaria que trajera comida. La destrucción del exterior resultaba contagiosa y lo había infectado todo, incluida su relación y la apariencia de la habitación. Ella trajo una bandeja con pan y mantequilla, así como un plato de jamón. La observé atentamente para comprobar si también había cambiado. Solo parecía estar más delgada y más transparente que nunca. No abrió la boca. Parecía asustada, introvertida, tal y como era cuando la conocí. Tenía ganas de hacerle preguntas,

de hablar con ella a solas, pero no tuve la oportunidad. Mientras bebía, el hombre no nos quitaba el ojo de encima. El alcohol lo hacía combativo. Cuando me negué a beber más, se enfadó, y parecía decidido a pelearse conmigo. Sabía que debía irme, pero no quería moverme porque me dolía la cabeza de un modo infernal. No paraba de presionarme los ojos y la frente con la mano. Obviamente, la chica lo vio: salió de la habitación un momento y cuando regresó lo hizo con algo en la palma de la mano. Murmuró: «Una aspirina para tu cabeza». El hombre gritó como un matón: «¿Qué estás susurrándole?». Emocionado por el gesto que había tenido hacia mí, me hubiera gustado hacer algo más que darle las gracias, pero el rostro del tipo era tan despiadado que me puse en pie para marcharme.

Mirando por encima del salpicadero la escuché decir suavemente algo de lo que solo llegué a entender «promesa» y «no te olvides». Encendí los faros delanteros y la vi en el quicio de la puerta: tenía los delgados brazos alrededor de su pecho. Su rostro era el de una mujer totalmente destrozada; el resultado de las heridas que le habían infligido en la infancia. Lo tomé como el indicio más leve de un moratón en la delicada, fina y blanca piel que rodeaba sus ojos y su boca. Me resultaba enloquecedoramente atractiva. Apenas pude verla antes de que el coche comenzase a moverse. Presioné el botón de arranque inconscientemente, a pesar de que no esperaba que funcionase en aquel frío helado. En lo que consideré una ilusión óptica, el interior negro de la casa se prolongó como un brazo: una mano negra emergió y la agarró con tanta violencia que su blanco y sorprendido rostro se rompió en mil pedazos mientras la oscuridad la devoraba.

No podía quitarme de la cabeza lo mucho que se había deteriorado su relación. Cuando ella era feliz me alejé, me

quedé fuera de la ecuación. Ahora sentía que estaba implicado, vinculado de nuevo a ella.